

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7367

Preios de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en Paris para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorotte, 51 bis rue Saint-Anne

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

LUNES 31 DE MAYO 1886.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico, á menos que se convenga en contrario. La redacción no responde de los anuncios, remitidos y no publicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de urgencia. No se devuelven los originales.

Anuncios á precios de tarifa y en suscripciones.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

Tomamos del *Tribuno*.

«Nuestro querido y respetable amigo, el eminente literato y distinguido autor dramático, D. Luis Mariano de Larra, ha remitido á Madrid la siguiente interesantísima carta.

UNA AUDIENCIA DEL PAPA EN ROMA.

Roma, Mayo 1886.

Habíamos terminado con éxito nuestra misión oficial.

Elegida por aclamación la capital de España como punto de reunión de la próxima «Conferencia Internacional» para la protección de la propiedad industrial, firmado el protocolo y asistido á la sesión de *cloture*, sólo nos quedaba á mi querido compañero D. Bartolomé y á mi humilde persona pagar infinitas visitas á representantes extranjeros, ver con más detenimiento que hasta entonces las innumerables maravillas artísticas é históricas de la Ciudad Eterna, y aprovechar el último obsequio con que el ministro de Comercio había querido despedirse de nosotros.

Consistía éste en un viaje á Nápoles, Pompeya y Herculano; y antes de emprenderle, no podíamos mirar sin cierta idea de curiosidad persistente, desde las «Termas de Caracalla,» ó desde el «Palacio de Domiciano,» destacarse la silueta gigantesca de la cúpula del Vaticano.

Ver de cerca al Santo Padre es una de las ambiciones naturales de todo viajero católico; natural es, pues, que nosotros, como católicos y como viajeros, deseáramos dirigirle la palabra, oír sonar la suya en nuestros oídos, y más que todo sentir sobre nuestras cabezas la impresión de sus manos consagradas.

Esto, que parece tan fácil á primera vista, no deja de tener sus dificultades.

Hace años que el Para no sale del Vaticano. Considérase como prisionero, y aunque recibe á todas las personas que no tienen el menor carácter oficial en ninguna de las naciones de Europa, solo lo hace en cuanto á éstas por medio de los representantes de las potencias que mantienen embajadores cerca de la Santa Sede.

Nuestro querido compañero en la conferencia, el conde de Rascon, ministro de España en la nación del rey Humberto, está imposibilitado políticamente para proporcionar audiencias del Papa á sus compatriotas, y el Sr. Groizard, embajador de España en el Palacio pontificio, tiene como es natural, para conseguir las, que resignarse á las dilaciones canchillescas, inevitables en todas las cortes de Europa y más en Roma, donde al Padre Santo, jefe de la cristiandad, apenas tiene tiempo para despachar diariamente con sus cardenales y para resolver por sí mismo todas las

gravísimas é innumerables cuestiones que le presentan á su decisión tribunales de alzada, embajadores, comisiones, generales de las órdenes monásticas, misiones, peregrinaciones y cuanto puede relacionarse con el dogma, con el culto, con el clero, derecho canónico y la disciplina eclesiástica.

Por fortuna para nosotros, Mons.*** es amigo nuestro. Joven aun, desempeña un cargo importantísimo cerca de Su Santidad, y su influencia, ganada por su talento, la emplea continuamente en servicio de sus compatriotas.

Es español y habla el griego, el latín, el francés, el italiano y el inglés, tan correctamente como el castellano. Conoce los poetas y filósofos antiguos; sabe de memoria todos los autores modernos, y lo mismo recita una oda de Horacio que una escena de Shakespeare; un capítulo de Maquiavelo que una dolera de Campoamor; un epigrama de Marcial, que un fragmento de Schiller.

Desde la azotea-jardín de su casa se disfruta del panorama más asombroso que puede abarcar la vista. Roma entera, desde el monte Albano y la vía Apia, hasta la apócrifa tumba de Nerón; desde San Juan de Letran hasta la capilla Sixtina; desde el Colosseo hasta el Panteón; es un plano viviente, que desarrolla á la vista del espectador asombrado los treinta siglos que median desde la constitución de la *Clouca Máxima* hasta la nueva vía Cavour, una de las más hermosas calles de la Roma moderna.

Decía á Mons.*** nuestro deseo y verie realizado, fué cuestión de pocas horas.

A las tres de la tarde oíamos de sus labios una oda de Virgilio; á las nueve de la noche, saboreando el legítimo *the Susong*, que las amables hijas del conde de Rascon sirven á sus amigos, recibimos la noticia de que León XIII se dignaba admitirnos en audiencia, á las doce y media del día siguiente.

Antes de las diez de la mañana, un empleado del Vaticano nos entregaba la papeleta de audiencia; en ella se indica el nombre de los favorecidos; se advierte que las señoras deben asistir con mantilla, y los caballeros de frac y de corbata blanca, ó de uniforme si le tienen; y de palabra se previene que no se puede ir en coche de alquiler, sino en carruaje propio, ó á pié; que es preciso ser puntuales, y que está terminantemente prohibido hablar á Su Santidad de ningún asunto que deba resolverse por las oficinas ó por los tribunales eclesiásticos.

Allí se va á ver al Padre comun de los fieles, al representante de Dios sobre la tierra; no se va á ventilar negocios, ni á resolver litigios.

Otra prohibición existe, pero se observa tan poco, como por lo general muchos bandos españoles: es la de no llevar objetos que puedan ser benditos por el Papa. Sin embargo, raro es el que no oculta un crucifijo, un rosario ó un libro de rezo para que pueda ser tocado por Su Santidad al dar á besar su mano.

A las doce y cuarto dábamos la vuelta por los muros de San Pablo, la iglesia más grande del mundo (1) y penetramos en el Vaticano por la puerta de San Dámaso, guardada por un centinela de la guardia suiza del Papa.

A 19 pasos de él se paseaba el centinela del ejército del rey de Italia, sobre los jardinitos del Estado.

Para separar 19 pasos de dentro á aquellos dos centinelas, han sido precisos nueve siglos. Durante ellos no podía existir más que el primero.

Atravesamos diferentes patios pequeños, y por fin se detuvo nuestro carruaje en la misma escalera del palacio papal, yendo á reunirse con otros 20 ó 30 situados al otro extremo del gran patio central.

En los descansillos de aquella escalera de jaspes y mármoles los guardias suizos, vestidos con el mismo traje con que los pintó Miguel Angel, saludan con sus alabardas á los que visten uniforme ó llevan condecoraciones; no como los alabarderos del Palacio de Madrid, dando en el suelo con el cuenco del arma, sino elevándola en alto.

Otros cuatro centinelas se pasean en la puerta del primer salón, y al llegar al segundo, dos guardias nobles, con su rico y marcial uniforme, defienden la entrada. Allí son reconocidas las papeletas de audiencia por un empleado, y allí se dejan los abrigos, los sombreros y los guantes; nadie puede entrar con éstos en la cámara pontificia.

En el tercer salón fuimos recibidos por los familiares, vestidos con media blanca, calzon, ropilla y gabán abierto de damasco encarnado, y con bigote ó barba cortada, á gusto de cada uno. Nuestro chispeante compatriota el pintor Llanos, dice con razón que parecen butacas.

Antes de entrar en la sala de audiencia, nos recibieron los sumillerres, vestidos con calzón corto, frac negro, y el collar de San Pedro al cuello; otros dos guardias nobles, con casco puesto [casco que mas de ejército moderno, remeda los cascos romanos por su cimera de crin corta], hacen centinela, y otros dos con la

(1) Tiene de superficie 21.192 metros cuadrados. La catedral de Milan no mide más que 11.746; San Pablo de Londres, 10.878; Santa Sofía de Constantinopla, 9.632; la catedral de Colonia, 7.356 y Nueva Señora de Paris, 5.955.

espada desnuda, están colocados en la puerta de enfrente, que es la de asfrecinara del Papa.

En el salón de audiencia, que decoran admirables tapices y cuyos únicos muebles son sillas y bancos de encina alrededor y una mesa de mármol con un magnífico Crucifijo de máfil encima; entre los dos balcones, pasean otros dos familiares con traje talar morado y generalmente con bigote, recordando aquellos obispos de la Edad Media, tan dispuestos á echar bendiciones como á blandir espada. Oficiales superiores de guardias nobles, porteros, de estrados y algun que otro cardenal ó monseñor que sale del despacho.

Reunidos y sentados ya todos los convocados á la audiencia en los sitios que han de ocupar mientras dura la ceremonia, se recogen por su orden todas las papeletas y las entra un familiar á la cámara del Papa. Trascurren diez minutos: se observa un movimiento de curiosidad entre los treinta ó cuarenta individuos citados: aparecen cuatro guardias nobles con espadas desnudas y los concurrentes se ponen en pié; por la pequeña puerta de la izquierda penetran familiares y monseñores: un murmullo recorre la Asamblea, y detrás de dos personajes, con el traje morado y el collar de San Pedro, aparece un anciano. Es León XIII.

Caen de rodillas como movidos por un resorte todos los que le esperan, y la voz del Papa, clara y serena, pronuncia la palabra *in piede... in piede...* indicando con el gesto al mismo tiempo que se levanten todos. Entónces, con pié seguro, amable sonrisa é inclinando un poco la cabeza, se acerca al primero que está á la izquierda de la puerta. El anciano está vestido de blanco. Sobre la escavina de su sotana brilla un collar de oro macizo de un dedo de grueso, terminado por una cruz de piedras preciosas: el sordido es también blanco, de raso, y el cinturón que sujeta la cintura es ancho y con un fleco de seda en los extremos.

León XIII no es un anciano decrepito; alto y delgado, anda con aire natural, y nada indica en él delicada salud ó débil naturaleza.

Su fisonomía es expresiva, su frente ancho, su mirada penetrante, su nariz larga, sus labios delgados. Por su voz clara y serena, por la natural sencillez de sus movimientos, por sus distinguidas maneras, nos recordó á nuestro célebre hombre de Estado Martínez de la Rosa.

Ése es el tipo. Sus cabellos blancos naturalmente rizados, la inclinación de su cabeza hacia un lado, como para acercarse más al que le habla, y su benévola sorpresa, que se convierte á menudo en risa franca cuando le agrada alguna frase que se le di-